

Sobre Hinchliff y el Valor de los Viajeros Ingleses

Por Carlos Real de Azúa

MARCHA No. 811, Montevideo, 4 de mayo de 1956, p. 20-23

Ultimo de los Viajeros Ingleses difundidos, Hinchliff, por reunir a la vez calidades muy impares y por ser muy representativo de su constelación, parece excelente oportunidad para abordar una pregunta. Es una pregunta que no somos los primeros en hacernos y que muchos, seguramente, se han formulado desde que empezaron a traducirse y a leerse los Viajeros Ingleses: ¿en dónde reside el valor y hasta el misterioso encanto de estos libros? (1)

¿Cuál será la razón de que las traducciones sigan a las traducciones y de que éstas, a poco de publicadas, ya sean inencontrables? ¿Cuál la de los precios, que en cualquier transmisión, por clandestina que sea, alcanzan las ediciones originales? ¿La dictará sólo una moda, una nostalgia de coloniales, un puro afán de coleccionistas?

Sabemos, para empezar, que los hechos que acabamos de registrar son hechos de simple significación social y no ignoramos lo poco que pueden tener que ver con una auténtica, con una duradera valía. Sabemos lo mucho que pueden estar enfeudados a la manía, al snobismo: sabemos hasta qué punto pueden iluminar estos precarios soles la obra del epígono, del mediocre, del intrascendente. Pero igual que hoy convendría indagar en la boga sorprendente (y no sólo en los medios comunistas) de un segundón, como Howard Fast, conviene plantearse la razón de un prestigio que, por ahora, resulta bastante más duradero.

Hemos hablado de la moda. Conviene dejarla, inicialmente –o para siempre–, al margen. Porque la moda, como criterio indagatorio inicial, es la muletilla de la pereza y suele serlo de la incompreensión. Lo es, en cuanto clausura el estímulo de toda ulterior indagación, en cuanto es renuncia a una explicación, o en cuanto no es, sencillamente, la única presa que, a falta de otra, nos queda entre las manos. Con el agravante de que, si somos escrupulosos, la cuestión está lejos de simplificársenos pues siempre nos quedará inédito, si con la palabra nos contentamos, el apasionante valor indicial de toda moda, su condición peligrosa de máscara de más profundos impulsos.

Comenzamos entonces sin ella, pero antes nos adelantamos todavía otra reserva. Hinchliff, decíamos, tiene calidades muy impares y es a la vez muy representativo. Está lejos, de cualquier manera, de constituir un “tipo-ideal” y generalizar sobre él está expuesto a riesgos. No lo desconocemos. Toda conclusión es así infinitamente revisable aunque, de cualquier manera, creemos con cierta osadía de que esta revisión sólo lograría ajustes que retocarían el esquema (algún día lo haremos nosotros mismos) sin, empero, desfigurarlo en sus líneas esenciales.

Este interés por los Viajeros Ingleses no es de hoy, pero no es tal vez más antiguo que la primera postguerra y se acrecentó notablemente estos últimos años. Creemos que puede vincularse con el redescubrimiento y la traducción de W. H. Hudson (al fin y al cabo viajero en su cuna) por parte de Fernando Pozzo y cierto grupo anglo-porteño. Una

corriente de diversas traducciones, especialmente las de Carlos Aldao y José Luis Busaniche; otra de antologías como las de Arrieta Bosco y Radaelli (2); otra de estudios, los de Enrique Espinosa, aceleraron y ensancharon esa difusión. Mientras tanto, las primeras ediciones de esos Viajeros iban alcanzando precios inusitados en todos los remates y se hacía pública la existencia de las grandes colecciones de González Garaño y otros rioplatenses. Pero fué sobre todo Ezequiel Martínez Estrada el que dió a los Viajeros Ingleses, como les ha llamado siempre, constelativamente y con mayúscula una significación y por decirlo así, una trascendencia, que antes no tenían. En su visión sombría del pasado argentino, en su reconstrucción demoníaco-apocalíptica de las líneas profundas del ser histórico hispanoamericano, los Viajeros Ingleses han aportado una riqueza de testimonios que cualquiera que haya leído la **Muerte y Transfiguración de Martín Fierro** conoce. No sería difícil, además, demostrar que esos Viajeros han influido profunda aunque tácitamente en los otros libros cardinales, **Radiografía de la Pampa** por ejemplo, del Isaías de Bahía Blanca. Sin embargo, muy raramente Martínez Estrada parece pasar de considerarlos como materiales para un testimonio, como piezas para una tesis. Y lo que estamos indagando ahora por ello: el plano **intelectual** del valor, el plano **frutivo** del encanto, queda así soslayado. (3)

Digamos para empezar que el tratamiento colectivo no resulta erróneo. Con la distancia de los Ríos de la Plata que contemplaron, desde las invasiones inglesas hasta cerca de fines de siglo, Gillespie y los Robertson, Haigh y Caldcleugh, Head y Andrews, Darwin y Mac Cann, Hadfield y Mansfield, Hinchliff y Burton, estaban ligados por sólidas perspectivas comunes. Tenían, decíamos, patrones espirituales, políticos y económicos similares. Participaban de una misma voluntad de ver claro, de no mentir por exageración (lo que les diferencia de algunos franceses coetáneos). Pensando prospectivamente, nos asignaban un mismo futuro inmediato (aunque en esto no era muy difícil acertar). Es claro que más acá de su comunidad (que incluiría aún a varios norteamericanos como Brackenbridge y Greene Arnold), importan todos temperamentos distintos, curiosidades diferentes. No sería inútil distinguir (pero ésta no es tarea para ahora) sus puntos de vista profesionales; categorizar los más receptivos y los más impermeables, los más capaces de simpatía y los más envarados (a pesar de ellos) en sus andadores insulares, los más disponibles y los más atados a un calendario preestablecido (fatalmente los más inermes, los más irritados).

IMPERIALISMO Y SIMPATÍA

Podría encontrarse una explicación al interés que despiertan. Y es el gusto (hasta superlativamente: la sed) con que pueblos inseguros de sí mismos, maleables, poco dibujados, buscan saber cómo les ven “los otros”. Cómo les ven en conjunto, cómo les ven desde la distancia. Este interés, es todavía un interés de segundo orden, no distinto sustancialmente al capricho individual de hacernos el horóscopo, dejarnos psicoanalizar o recibir consejos de una comprensiva mujer. Pero tiene la virtud de llevarnos a una cuestión cardinal: a la de la confianza ante el testimonio. Sobre los Viajeros Ingleses pesa crecientemente una crisis de confianza.

No se discute, por nadie, su voluntad de veracidad. Se discute la calidad, la entidad de la verdad a que eran capaces de llegar.

Alguien ha dicho que eran avanzadas del imperialismo europeo e inglés, que eran mercachifles, que eran espías. Ciertamente es que algunos eran frustrados conquistadores que vinieron por lana cuando las Invasiones inglesas... y sólo se la llevaron después. Otros llegaron más tarde, en la oportunidad que Rivadavia consiguió interesar al capital inglés en la explotación (hipotética) de las reservas minerales andinas, como lo ha subrayado tantas veces el adverso Dr. Busaniche. Muchos, como el mismo Hinchliff, parecían apreciar sobre todo el hecho sobresaliente de que las majadas se duplicaran en dos años y medio y destacaban las posibilidades de rápida fortuna para un joven inglés que viniera a estas tierras con unos miles de libras y sin miedo al trabajo.

Nos parece dudoso que hay que inscribir a los Viajeros Ingleses en una línea – llamémosla personal– de expansión económica imperialista. ¿Pierden sin embargo por ello?

Un esquema elemental de tipo economista concluirá que la perspectiva económica de estos hombres era una perspectiva puramente predatoria. La voluntad de presa, el impulso fenicio de ganancia, los uniformaría por encima de las diversidades de sus culturas. Y sin embargo no es así. Y no lo es, por una serie de razones.

Ante todo, porque si el imperialismo –aceptemos– es un sólo impulso (y lo fué sin duda), esta unidad, como un auténtico marxista lo aceptaría, sólo opera en el marco de los hechos concretos, en la objetividad. El imperialismo no parece haber sido una fuerza encarnada en un único tipo de hombre, en un “homos imperialisticus” puro y esquemático. Resulta más coherente con un análisis realista de la conducta humana indagar hasta qué infinita multiplicación estas fuerzas reparten los papeles entre muy diversos tipos y categorías de hombres y entre una gran variedad de vocaciones. Resulta más comprensivo ver cómo éstas y aquellos se mueven en una latitud casi ilimitada de móviles subjetivamente distintos, aunque los actos de todos, en cierta cara (pero sólo en ella) de su significación objetiva, sirvan la dialéctica que los agrupa (aunque no agote su sentido). Viajeros, geógrafos, hombres de ciencia, ingenieros, militares y marinos precedieron generalmente en la expansión imperialista europea al inversor, al organizador, al explotador. Muchos de ellos sirvieron los fines de esa expansión porque el sentido de la historia así lo quiso. Muchos de ellos –sin embargo– quisieron, pensaron y hasta trabajaron concretamente en fines, humanitarios, científicos y hasta deportivos, totalmente distintos al fin imperialista.

Para los que se quedaron en el Río de la Plata (o en otras partes) como estancieros o comerciantes, las circunstancias son distintas. Sirvieron éstos, sin duda, y mucho mejor, el gran fenómeno de la expansión económica de los países capitalistas. Eran, sin embargo, bastante diferentes a los tipos humanos a que estamos acostumbrados cuando pensamos en el imperialismo en carne y hueso. En un Cecil Rhodes o en un Spruille Braden. Eran hombres que cabían, sin muchos ajustes, en aquella figura promisorio del inversor extranjero que Larra dibuja en **Vuelva Vd. mañana**. Más bien que un imperialismo formal representan, como Monsieur Sans-Delai, los ideales expansivos del primer liberalismo económico. Los Mr. Anderson, Mr. Robertson y Mr. Black, de Hinchliff, eran seres que se incorporaban en cuerpo y alma a la nueva comunidad, que quemaban virtualmente, detrás de ellos, sus naves. Guardaban, es cierto, cultura y tradiciones, con lo que fecundaban con lo mejor de lo suyo una cultura ajena, pero, a diferencia de ciertos cursis coloniales angloplatenses de tiempos posteriores, no se

sentían desterrados en una asfixiante Nigeria, y fueron capaces de encontrar, sin displicencias, un destino suramericano.

Pero volvamos a los Viajeros. Se habían nutrido en una concepción del mundo que santificaba el esfuerzo individual, la legitimidad de la riqueza y los derechos de los pueblos fuertes. Pero en el dintorno cultural de principios del siglo XIX operaban otras influencias: romanticismo, nacionalismo e historicismo, que dieron al hombre, como en ningún otro período de la historia, una impar facultad de contemplar con simpatía apasionada –bajo todos los cielos– la diversidad del hombre y de sus obras. Este sentido romántico de lo pintoresco, este respeto historicista por la variedad de tradiciones no se limitaba a la pura exterioridad, a la pura epidermis, y era capaz de doblarse de admiración ejemplar y hasta de nostalgia por bienes que en el propio marco europeo parecían perdidos. En Hinchliff, para seguir con nuestro ejemplo, lo “romántico” tiene un prestigio sin igual. En cierta parte de su libro, cuenta la historia de un joven gaucho que llevó a su hermano muerto sentado sobre el caballo, como un segundo Cid, hasta el lugar de su sepultura: **las piernas bien atadas al recado, una estaca con horqueta en la punta, adecuadamente puesta, servía de soporte a la cabeza, bajo la barba, y mediante otras varias ataduras y fajas, el cuerpo se mantenía firme y daba la impresión de que estaba en vida. Y agrega: Aquello me pareció tan romántico, tan agreste y tan terrible al mismo tiempo como espectáculo, que no pude menos de imaginar la impresión que habría sentido quien se encontrara en el camino con aquella extraña pareja y lo terrorífico del contraste entre el agitado movimiento del caballo al galope y la pálida faz del jinete muerto.**

Pero el interés y la simpatía no se limita a este rubro de lo que podría calificarse de excepcional para nosotros mismos. En Hinchliff –siempre–, la comprensión, la adhesión y el respeto se extienden a las formas típicas de la vida paisana y aun, como en el caso de nuestro régimen dietético tradicional, más discutidas y discutibles. Su entusiasmo por el asado con cuero lo lleva a reminiscencias homéricas: **los héroes de la Ilíada y la Odisea debieron de comer la carne como la comíamos ese día nosotros en Entre Ríos y no me sorprende que con ello tuvieran vida próspera.** En paralelos y comparaciones con cosas inglesas, el Río de la Plata sale con frecuencia favorecido: los objetos pueden ser tan diversos como la delincuencia nativa o la rienda criolla. La gracia y habilidad del jinete criollo le despiertan admiración y el retrato de algunos niños, al pasar, tiene misteriosa vida: **los mismos andrajosos muchachos siguieron a caballo durante todo el día; cuanto más andaban, más contentos parecían, y aunque la camisa deshecha de uno de ellos iba desapareciendo rápidamente, él se mostraba regocijado en extremo y no dejaba de reír...**

Esto no quiere decir que Hinchliff idealice sistemáticamente la realidad del gaucho y que no sea leal en su disgusto de europeo a muchos de sus rasgos: pereza, indiferencia, pasividad. Sus observaciones sobre la falta de vocación militar del elemento gauchesco no han sido recogidas –creemos– en el alegato de Coni. Es importante notar, por eso, que el inglés no cayó en el mito de “la tierra gaucha”, reconociendo, eso sí, que, de cualquier manera, poco le iba al hombre de campo, en las guerras de Buenos Aires y los doctores.

Habitante del mundo de la máquina, el tiempo tenía un valor para él. Es con la ironía y no con la diatriba que enfrenta la deliciosa lentitud hispanoamericana: **La moda en Buenos Aires exige que nadie vaya a un baile público (...) antes de media noche; y como llegáramos una media hora después de la indicada, nos hallamos con que**

éramos casi los únicos en el salón. La contemplación de las carretas le lleva a pensar que debe de poner a prueba la paciencia de los conductores: **pero, por fortuna, la paciencia es una de las virtudes de este país, donde diríase que nadie tiene prisa. Mañana** –agrega después–, **aunque a la letra quiere decir “el día siguiente”, en boca de un hispanoamericano viene a ser una palabra indefinida...**

Hinchliff usa a veces la palabra **naturales, nativos**. Y estos **nativos**, estos **naturales** existen como entidades vivas y al mismo nivel que el que los contempla y, a veces, tuerce el gesto con sus actos. La aclaración puede parecer pleonástica a aquel que no haya leído el **Orphée Noir**, prólogo de Sartre a una colección de poesía negra. Para Sartre, el europeo que llama **natural** a un habitante de África lo inscribe en la naturaleza, lo cosifica.

Aceptemos para África una identificación de “cosa” y “naturaleza” que puede ser cierta para Leopoldo I, o los despiadados burócratas de **Voyage au Congo**, pero que parece estar a contrapelo de todo el pensamiento filosófico, religioso y poético de Occidente. La semiverdad puede servirnos para pensar en la especificidad que la acción europea ha tenido en Sud América. Cierta corriente de análisis pseudomarxista pretende homologar en un estilo similar de inserción la presencia europea en América, en Asia y en África. La verdad está, posiblemente, en lo contrario. En África y en Oceanía, lo europeo se inserta directamente sobre la naturaleza y el hombre, objeto de explotación, puede ser una parte irrevocable de ella. En Asia, la penetración europea entró en conflicto abierto con viejísimas culturas de “neuma” ajeno a lo occidental y ejerció una influencia disolutoria cuyo epílogo vivimos. En América, dejando al margen algunas zonas de cultura indígena madura aunque descaecida, lo occidental se inserta en lo occidental, aunque lo occidental se dé en etapas tan diversas como las formas tradicionales crecidas desde una España pre-moderna y la cultura decimonónica de Francia o Inglaterra. Los resultados fueron absolutamente diversos y ante ellos puede tenerse las actitudes que caben ante la contingencia histórica. No podemos pensar, ahora, en todas las posibles.

ARRAIGO Y NOSTALGIA

Lo que importa ahora es otra cosa, que nos trae de nuevo a los Viajeros. Y es el sentido ambiguo, y como profético, de la simpatía con que nos vieron. Señalamos ya qué capacidad de compresión tenían (Hinchliff los representa muy bien) para ver y apreciar lo que podemos llamar lo nuestro, lo diferencial. Pero había en ellos, potentemente, otra posibilidad. Es la de la nostalgia, es el recuerdo insomne de un mundo de afectos, hogares, ritos, tradiciones. Buenos ingleses, llevaban Inglaterra auestas. Hinchliff se hincha de orgullo contando la deliciosa rutina de sus compatriotas que atraviesan las líneas (nada tranquilizadoras) de Urquiza para jugar un partido de cricket; se dobla de ternura celebrando **muy fielmente**, en un clima sofocante, la Navidad; se siente en su propia casa leyendo el **Punch** en el Club de Residentes Extranjeros.

Como la de Hinchliff, la visión de cualquiera de los Viajeros Ingleses podía ser también melancólicamente suave: como la de Hinchliff, la visión de cualquiera de los Viajeros Ingleses solía ser rosada (sin ser almibarada). El espectro de tonalidades que es habitualmente todo ver total se veía indefectiblemente asediado por el rosa desde los dos extremos. ¿Por qué? Creemos que la explicación está en que a los Viajeros les encantaba

al mismo tiempo lo similar y lo diferencial; en que eran tan capaces de extrañar –y decirlo, y reencontrarlo jubilosamente– lo civilizado en el sentido europeo, decimonónico, burgués y confortable, como de apreciar la gracia rústica de aquel mundo nuestro lento, indefenso, violento, chambón. Todos los Viajeros Ingleses sabían gustar tanto del lujo de un hotel de ciudad, de una conversación inteligente o de una mesa bien servida como de la destreza y elegancia de un jinete gaucho, de un horizonte vacío o de un soleado silencio pueblerino.

Creemos que este rasgo, tan común, es una de las claves –aunque pueda discutirse–, de lo que cabe llamar el encanto, si no el valor de los Viajeros. Apunta a esa característica del suramericano medio que es la doble e inescindible vocación por lo refinado y por lo natural, por lo delicado y por lo fuerte. Ya se han observado, conjuntas o separadamente, esta adhesión del sudamericano a las calidades de su “telos”, por muy ciudadano que sea (Keyserling ha dicho sobre esto cosas muy agudas) y esta voluntad de incorporarse a formas superiores y con vigencia universal, de pensamiento y vida. No parece indiferente a la significación de los Viajeros el que estas dos inclinaciones, que en la literatura hispanoamericana suelen marcar las vertientes distintas del arraigo y la evasión y están casi siempre divorciadas, se den en sus libros tenuemente imbricadas y a que ambas sean el resultado de una doble experiencia sudamericana de aventura y de recuerdo, de comprobación y de reencuentro. Es importante el hecho de que no falte siquiera en ellos la nostalgia, tan de un mundo de tradiciones y de formas, aunque esta nostalgia del viajero que pronto regresará haya sido en tantos de nuestros hombres la sensación del desarraigo definitivo, sin esperanza, del único mundo en que el Espíritu no parecía precario.

DISTANCIA, CERCANÍA, PRESENTE Y FUTURO

Pero todavía se pueden registrar otras constantes en el modo con que nos veían. Hay en ellos, por ejemplo, una curiosa forma de contemplarnos desde muy lejos y desde muy cerca, una facultad de apresarnos como un todo y de mirar con sorprendente atención, entre una especie de limpidísimos paréntesis, un objeto que es habitual para nosotros y que recupera de ese modo una extraña novedad. No es que nos “juzguen” como país, sino otra suerte de enfoque muy distinto, que pertenece totalmente al ángulo de la visión y la emoción. Ya hemos citado aquel pasaje en el que un grupo de ingleses contemplan **la vasta extensión de tierra** descaecida durante generaciones y destinada a ser el hogar de muchedumbres innumerables. Igual ampliación focal de la perspectiva se produce cuando Hinchliff habla de **las praderas del Uruguay** con entusiasmo y esperanza. Parecería que la simple enumeración de una medida territorial mayor le diera al paisaje poesía y grandeza inesperadas, como si se recuperara para la mirada aquella predestinada medida –entre lo enorme y lo ínfimo– que decía Aristóteles que era la medida de la belleza.

La otra capacidad: la de ver las cosas desde muy cerca, dándoles nuevo brillo no es rara en los Viajeros. Los Ingleses nos re-presentan así un montón de habitualísimos objetos de nuestro contorno en una inesperada torsión: sólo al final de un párrafo de Hinchliff caeremos en que **otro artículo muy principal, una calabacilla con un tronco pequeño que sirve de agarradera, y hace las veces de taza**, es nuestro mate, y que lo que de **ella sale, como en el refresco de Jerez** es la bombilla.

A este doble enfoque, tan inhabitual para nosotros, se puede agregar otro. Es el de vernos, no en presente, sino en futuridad, en un constante prospecto no de lo que éramos, sino de lo que seríamos. En bastantes textos de Hinchliff –y en algunos de los ya transcritos– se puede ver hasta donde la previsión de lo que nos espera, sin escamotear el contorno presente, le da a todas las cosas una nueva profundidad. Tal cosa no falta, naturalmente, en muchos suramericanos, aunque sea sobre todo entre los ensayistas, en los que aparece (en Alberdi, en Sarmiento, por ejemplo). Pero es la realidad misma, la realidad concreta, lo que los Viajeros ven premonitoriamente, acertando con ello, más que cualquier otro grupo, con algo que es un dominante ritmo histórico del pasado hispanoamericano.

Somos “el continente del futuro” dicen todos nuestros floripondistas, todos nuestros Ministros de Relaciones Exteriores. Somos los países que “**siempre** tendrán un gran porvenir”, como nos saludaba en un brindis cruel un europeo sin reticencias. Los somos, de cualquier manera, cada vez menos. Cierta mínima madurez inevitable canjea el futuro por el presente y enfrenta un aquí y un ahora cada vez más inexorables. En el pasado era otra cosa y no sería difícil explicar muchos de los errores, de las injusticias, de las deslealtades de nuestra historia sobre esta concepción del gobernar y el vivir como un “hacerle sitio al futuro”. Tal rasgo, que es connatural a los procesos revolucionarios, no falta en esa existencia que es la vida proyectiva del Río de la Plata en el siglo XIX. Pero en el proceso revolucionario se violenta la realidad para prepararle a ser otra cosa y se la sacrifica de acuerdo a una técnica político-social tremendamente concreta, despiadada y terrenalmente eficaz. En el proceso rioplatense se hizo algo distinto, y fué dejar simplemente al margen la realidad para preparar el edificio, real y metafórico, de un futuro que la descartaría, de acuerdo a una dialéctica cuya operación no se preveía, pero que no se enraizaba –para empezar– en una transformación del presente desde el presente mismo. Piénsese, por ejemplo, en un sistema de comunicaciones tendido sobre el desierto, en el abandono del gaucho, en ciertas ostentaciones arquitectónicas, lujo de la miseria, en unas cartas políticas y en una legislación puramente formularias. Si era un gran futuro el que nos esperaba, poco importaba que viviéramos entre tumbos sin fin; y nada que la letra no se ajustase jamás al espíritu.

Los Viajeros Ingleses no fueron los autores, remotos ni inmediatos de este estilo de existencia. Pero el hecho de que en algunos de sus aspectos lo hayan conservado tan vivo, no deja de ser –melancólicamente– una de las claves de su significación.

UNA ÓPTICA DISTINTA

Hay otra capacidad más valiosa en ello y que es la que los hace tan inestimables documentos para nuestra historia. Es ésta la posibilidad de vernos en escala universal, entendiendo por tal la que por entonces la tipificaba: de vernos en escala europea. Esa visión podía ser incomprensiva y a veces lo fué, aunque no más que la de un Bilbao o la de un Alberdi. Importa más notar que esa visión es inevitablemente deflacionista y sanamente tónica.

En una aguda nota reciente (**Marcha**, N° 808), Rubén Cotelo habla del “redescubrimiento”, ese instrumento del imperialismo. Lo que los Viajeros hacían era casi lo contrario: no halagarnos, no encontrarnos “distintos” en aquellas áreas en las que,

simplemente, éramos “peores”, juzgarnos con sus rígidos cartabones. La epidermis nacionalista de hace un siglo era ya lo bastante sensible como para encorarse con muchas de estas opiniones: esta posibilidad se ha aguzado –y enconado– en lo que va desde entonces. Nos referimos, claro está, a orgullos nacionales; tal vez sea necesario distinguirlos de ciertas gritas pseudopasionales y hasta disfrazadas de nacionalismo y antiimperialismo que los “intereses especiales” –los de nuestra actual oligarquía topista, por ejemplo– levantan contra la severidad extranjera que los marca a fuego, desde más allá de fronteras.

Volvamos de nuevo a los Viajeros Ingleses. No estando enfeudados a partidos ni pasiones, no sufrían la inflexión propagandística y polémica que los hombres del medio padecían. Tampoco estaban expuestos al espejismo magnificador de la perspectiva aldeana. Sabían reducir entonces a su verdadera medida nuestros próceres, nuestros estrategias, nuestras batallas, nuestras pasiones, nuestras arengas y nuestras frases. Es por eso que el mundo en pantuflas que nos han dejado, aunque pueda carecer a veces de la inteligencia de las proporciones, es siempre más verdadero que el de la hagiografía nacionalista y partidista.

Hinchliff sabía, por ejemplo, advertir los reales alcances de la acción porteña ante el urquicismo. Junto al elogiado retrato de Mitre, narra la gran revista militar del 30 de junio de 1861 en Buenos Aires y la arenga posterior del General: **Hizo elogios muy halagadores a los componentes de la Guardia Nacional enrolados voluntariamente para la defensa de su país y habló con desprecio de los cobardes que deshonraban a las madres argentinas manteniéndose ocultos. Esta frase, “madres argentinas”, suena muy bien y recuerda una de las virtudes exóticas de Roma y Lacedemonia. Pero en aquellos infames días, las madres argentinas, como otras madres, preferían generalmente guardar sus hijos en casa para ayudar a sostener el resto de la familia, salvo que se tratara de una agresión extranjera. El general recordó a los soldados las glorias de la bandera argentina –vencedora en cien combates– y exhortó a las tropas a que le siguieran a la victoria, olvidando, sin embargo, decir una palabra sobre quién habría de ser el enemigo o por qué causa habrían de luchar.**

Hinchliff no sólo encuentra vacía la oratoria política: el lenguaje de la prensa porteña le parece **hinchado y ridículo**; sus editores **inquietos y necios**. Son, sin embargo, los reversos de la historia militar los que en su libro se iluminan mejor. La visión del campamento de Mitre, al día siguiente de Pavón, es una página de antología, que informa mejor que muchas monografías sobre cómo, ya muy promediado el siglo, los ejércitos nacionales seguían siendo montonera gaucha y amorfa, por muy poetas, estadistas e historiadores que sus jefes fueran. En el Paraná, tuvo ocasión de contemplar la flota federal, y anota: **Este magnífico equipo se componía de nueve vapores y uno o dos, lo menos no eran más grandes que los remolcadores del Támesis. Parecida era la de Buenos Aires y esos dos conjuntos de barquillas tenían lo necesario para imponerse miedo mutuamente y habían permanecido allí durante semanas, uno frente a otro, sin aventurarse ninguno a iniciar un ataque. En la flota federal: Ni un hombre, ni un oficial, desde el pobre viejo almirante para abajo habían recibido un solo céntimo desde seis meses atrás, con la única excepción de los maquinistas, quienes, inspirados por su hábil jefe, dejaron bien asegurado el pago de sus emolumentos, exponiendo claramente al capitán general de las fuerzas que, si sus sueldos no eran pagados con puntualidad, la flota no podría moverse y no se movería, bajo ninguna**

circunstancia. Más tarde: La escuadra de Buenos Aires, que nunca se aventuró a ofrecerles batalla, esperó su oportunidad, y cuando los buques de Urquiza estuvieron casi desarmados y parcialmente privados de sus tripulaciones, representaron la farza de capturar los barcos. Este hecho fué magnificado por el comandante de la escuadra de Buenos Aires como una gran victoria naval y dió pie para un comunicado grandilocuente. Tal cual las he mostrado estaban en 1861 las escuadras de los dos partidos contendientes en una guerra civil de Sudamérica.

No eran mucho más serias las realidades de tierra. Cuando Buenos Aires esperaba el asedio de Urquiza, cuenta el inglés: **a un cuarto de milla escasamente de la casa en que yo me alojaba con el cónsul, fué instalado el más curioso fuertecito que se haya visto jamás. Era un verdadero juguete; lo habían alisado convenientemente, cubriendo los lados con argamasa para que diera la impresión de piedra y habían puesto césped en la parte superior (...).** Algunos de los trabajos efectuados en el extremo opuesto de la ciudad eran algo más serios y tenían la ventaja de constituir una posición dominante; pero ningún europeo hubiera podido mirarlos sin preguntarse asombrado de qué modo podían ser equipados y defendidos contra un determinado enemigo. El hecho es, sin embargo, que según muchas probabilidades, eran lo bastante fuertes para resistir a un enemigo como el que esperaban (...). En rigor, un ejército gaucho es, en el mejor de los casos, asaz indisciplinado e incapaz de mantener el esfuerzo continuo y la energía requerida para tomar por asalto la más simple de las fortificaciones. Los ponchos colorados y las lanzas largas de los jinetes de Urquiza inspiraban terror en campo abierto, pero los porteños llevaban una ventaja infinitamente grande con la sola zanja que tenían frente a ellos...

NUESTRA LITERATURA Y LOS VIAJEROS

Los Viajeros Ingleses, que Hinchliff (tal vez abusivamente) está ejemplificando, no sólo eran capaces de vernos (entre otros modos) fríamente; no sólo estaban en posibilidad de salpicar sus testimonios con estos breves interludios de sátira. Con todo lo que nos dan, y aquí tal vez esté la clave definitiva de su sentido, rescatan una realidad que la literatura no había rescatado, que llegó tarde para rescatar. No se trata de que escribieran por lo general mejor que los almidonados procerones de nuestro siglo pasado, sino que en amplitud, en riqueza y en profundidad la visión de los Viajeros es muy superior a la de sus contemporáneos rioplatenses, escritores o no.

Cuando el Romanticismo se aventuró en nuestra realidad, lo hizo en torno a ciertas impostaciones de las que nunca logró (ni quiso) desprenderse: magnificación épica, simbolismo, alegato, nostalgia. Ni recordemos la Pampa clorótica de Echeverría ni la de otros aspirantes al “americanismo literario”. Los ejemplos más aptos: el **Facundo** de Sarmiento (los **Recuerdos de Provincia** se salvan mejor) o el **Tabaré** no escapan a ellas. Pero acontece que también cuando el realismo y el naturalismo maduraron aquí un poco y apuntaron hacia esa realidad que es nuestra realidad fundadora, encontraron un mundo en rápida disolución. Y entonces pasó que cuando no llegaron simplemente tarde, no consiguieron restituir nada que no llevara el timbre de aquellas mismas impostaciones románticas. Ni magnificación épica ni simbolismo están ausentes del mundo gaucho de Acevedo Díaz o de la pampa deshabitada y gris de Hernández. Parece evidente que la

clave de la validez de estas obras, de su largo curso, no es la reviviscencia de un pasado o un presente. Esto no dice nada contra ellas, ni es fundamental, pero registrarlo es necesario porque ello explica en buena parte el valor de los Viajeros Ingleses. Porque fueron los Viajeros los que salvaron un mundo que, sin ellos, casi hubiera pasado como una sombra y que para nosotros, y para una comprensión más cabal y profunda, animaron. El escritor escribe para su tiempo –se dice– pero los Viajeros escribieron mucho menos para los contemporáneos ingleses que para lejanas y posteriores generaciones de Sudamérica.

Del nivel con que lo hicieron sólo puede decirse esto: grupalmente, sus libros jamás se caen de las manos; grupalmente, tenían lo que se llama una buena educación literaria. La calidad de esta educación adquiere su contorno cuando, más allá de los cuatro o cinco ejemplos ilustres que hemos citado, se alinea una página de cualquiera de sus libros con el **Caramurú** pongamos por caso, de Magariños Cervantes. El más modesto narrador de los Viajeros Ingleses, sin querer hacer literatura, hoy está a cien codos más arriba que muchos que se creían escritores y fueron festejados por tales y que, en ciertos géneros (a veces) lo eran.

Podrá decirse y es verdad: lo que les da cierta agradable ligereza es el haber estado libres de los compromisos de la lucha política y del esfuerzo cultural, el no estar enfeudados a ningún bando y el no sentirse llamados, como escritores, a imponer el romanticismo, el realismo o cualquier otro ismo. Su visión, es cierto, no estaba ligada a ninguna pasión exigente, a ninguna causa devoradora. Ni eran civilizadores, a la manera de Sarmiento, ni eran protestantes, a la manera de Hernández. Parece, sin embargo, que se sentían bastante comprometidos en lo que veían como ingleses que eran y como “modernos”, como hombres con un futuro nacional y personal a su cargo. No había, por lo menos, en ellos la superficialidad intolerable de los comerciantes literarios franceses y españoles que vinieron al Plata cuando el Centenario argentino de 1910. Sin saciedad, sin dsiplicencia, sin melancolía, sin afectación, los Viajeros Ingleses consiguieron, en suma, mantenerse como hombres modestamente vivos y libres.

PAISAJE Y PROTAGONISTA

La frescura con que salvaron cabalmente, como lo hace Hinchliff, una casa de estancia auténtica, una yerra auténtica, un rodeo auténtico, puede ser una razón suficiente. El hecho de que hayan escrito sin anteojeras de una escuela literaria, o que esa tácita escuela haya sido la mejor esencia (y no receta) romántica de la simpatía, la comprensión y el entusiasmo, puede ser una razón suficiente. Hay dos rasgos, más allá de todo esto, que nos gustaría destacar. Son su manera de contemplar la naturaleza y el timbre de su personalidad.

Ausencia extraña: casi nunca en Hinchliff, casi nunca en los mejores Viajeros, existen “cuadros de paisaje”. Las minuciosas reconstrucciones del mundo natural, los agotadores catálogos botánicos que son ciertos pasajes de Acevedo Díaz (tan admirados, sin embargo, por algunos) no se encuentran en ella. En cambio sabían hacer otra cosa (Head, por ejemplo, y sobre todo Hinchliff). Sabían transformar la naturaleza en vitalísimo escorzo; éste, en sensación y en percepción deliciosamente comunicativas. Pocos podrán gozar, como era capaz de hacerlo Hinchliff, de las auténticas gracias de nuestro campo;

de la gloria de nuestras madrugadas y mañanas, de la dulce vastedad de nuestro cielo, de aquel **viento blandito** que cantaba Ascasubi.

Carente felizmente de las artes de un escritor, sabía limitarse a estas económicas sensaciones de olfato, de vista, de color, a estas percepciones, a estas limpias emociones, a estas jaculatorias: **Las abiertas e ilimitadas pampas estaban ante mí: con indescriptible alegría, aspiré la deliciosa y vigorizante brisa (...) Pasada la tormenta, fuimos hasta la puerta y pudimos comprobar los efectos refrescantes de la lluvia. Toda la naturaleza respiraba otra vez y una deliciosa fragancia llenaba el aire (...) Nunca había visto yo escena tan hermosa como la de aquella rosada nube de grandes pájaros (flamencos) de color matizado que iban desde el delicado color clavel de sus cuellos hasta el rojo fuerte de sus largas alas (...) Los cuatro o cinco días siguientes cuentan entre los más felices de mi vida. El tiempo se puso delicioso, y el sol, que de continuo daba sobre el suelo humedecido por la lluvia, comenzó a dar al campo un fresco tinte verde (...). Más lejos y más allá íbamos con dulce y fresca brisa y bajo un sol quemante (la más deliciosa combinación de elementos que un mortal pueda desear). (...) Entonces nos pusimos todos en marcha por aquellos pastizales espesos, en un día tan esplendoroso que regocijaba el corazón (...). Toda la naturaleza parecía respirar felicidad (...). El tiempo estaba muy hermoso; el sol brilló todo el día sin una nube y una dulce brisa del oeste, impregnada con la fragancia de tantas millas de pampa, soplaba sobre la tierra cálida...**

Con estas pequeñas frases, sembradas aquí y allá en su relato, el modesto Hinchliff supo hacerle a nuestro campo rioplatense mejor justicia que mucha de la que le hicieron las “descripciones” y los paisajes de “americanistas” y realistas literarios.

Dijimos modesto. Digamos contento, bienhumorado. Al llegar a la estancia inglesa de Paysandú se le muestra la casa: **El cuarto de huéspedes me interesó particularmente: me estaba destinado a alojamiento por una o dos semanas y no pude dejar de preguntarme como nos arreglaríamos tres personas en él (...). Algunos cajones hacían las veces de armario y de mesa. ¿Qué más podía pedirse?... Yo puedo decir sin vacilación que nunca me sentí más cómodo y feliz que allí, y nunca dejé un alojamiento lujoso con el sentimiento que experimenté al dejar aquel. Había en el cuarto no poca actividad y vida: las ratas, que corrían sobre lo alto de las paredes y bajo el techo de paja, desprendían de continuo fragmentos de cal, y a veces, cuando el gato a media noche hacía su aparición súbita entre ellas, los tres huéspedes despertábamos y reíamos a más y mejor al sentir que los roedores se precipitaban sobre las camas.**

Porque pasa que ni Hinchliff ni cualquier otro Viajero Inglés nos dan una realidad que sea un puro registro pasivo de diversidades, de exterioridades. El hombre que las vive, que las experimenta, que las contempla forma parte inescindible de ese mundo; su gesto, su temple, su sonido no son nunca indiferentes a la rotundidad, a la convicción que ese mundo tenga. Apuntaba alguna vez Borges (el artículo está en **Otras inquisiciones**) en el Richard Lamb de **The purple Land** de Hudson el valor decisivo de su **hospitalidad para recibir todas las vicisitudes del ser**. Todos los reales Richard Lamb no eran tan aventureros, tan novelescos, pero en todos vivían las virtudes de la Europa liberal y romántica, esperanzada y expansiva; en todos, ciertas calidades humanas que había buscado –y tantas veces conseguido– la educación clásica inglesa. Digamos que estas calidades eran una mezcla muy equilibrada de lo generoso y lo afirmativo, de rudeza y de

humanidad, de virilidad y benevolencia. Hinchliff, por ejemplo, cruza los campos tironeado entre su pasión por la caza y su repugnancia a la destrucción y a la muerte inútil. Y en campos y ciudades, ante hombres y cosas y animales, en el club, el baile o la intemperie sabe moverse con alegría, con firmeza, con cortesía. En todas partes sabe mostrar aquellas calidades: el sentido de la iniciativa pronta, la capacidad de hacerse responsable, la pasión de ayudar, el gusto del esfuerzo físico, la modestia, hostil a toda magnificación, a toda fanfarronería.

Y esta es otra lección del testimonio de este transeúnte oscuro de 1861 (4), de este ejemplar de los Viajeros Ingleses.

Carlos Real de Azúa

- (1) En su excelente columna de **El Plata**: Bibliografía de las Ciencias del Hombre, Daniel Vidart señalaba hace unos días un libro que no conocemos: **El Canto de la Pampa**, de Pablo Rojas Paz, donde también parece que se ensaya una respuesta a tal interrogación.
- (2) **Centuria Porteña, El Gaucho, Buenos Aires visto por viajeros ingleses.**
- (3) Cabe decir lo mismo del uso que, en algunos libros encantadores –**La ciudad y los libros** (Buenos Aires, 1955) es el más reciente–, hace de los Viajeros Ingleses Rafael Alberto Urrieta, uno de los especialistas del tema.
- (4) Hinchliff volvió a Buenos Aires en 1873 y la encontró melancólicamente distinta (**Over the sea and far away**, Londres, 1876).